AGUAS SERENAS



OBRAS DE ARTURO VAZQUEZ CEY

Poesía:

Las Naves de Oro	1909
La Voz de la Piedra	1912
La Doble Angustia	1914
Oda Augural a la Patria y otros poemas ..	1916
Elegías de Ayer	1918
Ofrendas Funerales	1921

Próximamente:

Islas y Barrancas.

Las Rosas del Peregrino.

Teatro:

Eternidad	1917

Crítica:

Leopardi	1916
Chateaubriand	1919
La nacionalidad literaria	1920

ARTURO VAZQUEZ CEY

Aguas Serenas

(1918 - 1921)



Buenos Aires
1922

INDICE

INDICE

FE DE ERRATAS

Pág. 53, verso 4, léase:

Yo te vislumbro—¡oh Luz!—
tras de la muerte.

Pág. 64, léase:

Ojos ha de tener como de sierpe.

Pág. 108, léase:

El río es vasto velo de plata y sombra ardiente

LUZ ETERNA

Alta noche de luna.
Bajo la brisa gélida
Erraba entre los mustios duraznillos
Vago cantar de pena.
¡Quizá las tristes notas
Venían de la entraña de fuego de la tierra!
Semejaban los rígidos arbustos
Ebano sideral en la tiniebla.
El agua plateada
Era una luna inmensa.

Imploré al infinito...
Acostado en la arena,
Movíase en mi mente el Universo.
Mis ojos penetraban las tinieblas.
Por ellos en mi sangre
Entraba el río de oro de las dulces estrellas.

Repetían las aguas.
Su adusta melopea.
Una lunar gaviota
Sesgó en rápido vuelo las blancuras etéreas.
Lo mismo que ante un ara
Me arrodillé en la arena.
¡En el hueco temblante de mi mano
Recogí un agua azul, viva de estrellas!

Y bebí el infinito
En ese momentáneo cáliz de luz eterna.

SOBRE EL MURO ROSADO ROSAS BLANCAS

Ayer no te veía.
Como quien va soñando y se desdeña,
Embebecido en el amor que sueña,
De abrir los ojos al luciente día,
Rosal de rosas blancas, tu hermosura
No me sacó de mi vagar perdido.
Hoy, de tí sonreído,
Me pasma tu odorífera blancura.

Es de sol la mañana.
Todo el muro rosado
— Suena lejanamente una campana —
Está de tu blancura constelado.
Blando el viento te mueve.
Zumban entre tus flores
Aurísonas abejas,
Y tú te das al viento,
Transido del azur del firmamento,
En un vibrar de pífanos de nieve.
Rosal de rosas blancas,
De mi estupor me arrancas,
Temblando como el velo luminoso
De un hada desposada, y me asemejas,
Por virtud de tu hallazgo repentino,
A quien mira ante sí nueva esperanza
Y advierte en la mudanza
La senda azul de un ideal destino.

FECUNDO DE HERMOSURA

Por la arboleda obscura,
En paz con mi desvelo,
Me embarga la dulzura
Del luminoso cielo.

Trémulo el viento canta
Monótonas querellas.
Mi pecho es urna santa,
Palpitante de estrellas.

De maceradas rosas
Tiene mi sangre hervores.
Mil llamas armoniosas
Me envuelven en fulgores.

¡Vocablos musicales!
¡Insólitos emblemas!
Mis futuros poemas
Me arrullan cual zorzales.

En mi blando embeleso
Soy hermano del nido
Y del sol y del beso
Y del polen perdido.

Cual en panal dorado
Abejas zumbadoras,
Mi pecho han encantado
Maravillas sonoras.

Será ritmo esplendente,
Será mágica rima,
Este sopor ardiente
Que en canto me sublima.

¡Oh deleite sin lloro
El sentirse fecundo
De hermosura! Atesoro
Ebrio de luz, el mundo.

GAVIOTAS EN LA ARENA

Lúcida punta de rizada arena
Se dobla hacia la suave lejanía.
El viento con celeste flauta suena
Notas de melancólica alegría.
Bajo el azur clemente,
Semeja el alma mía
El agua en su correr, pura y serena.
Sigo, calladamente,
Remando en pos del arenoso extremo
De la orilla sonora.

— Es de topacios vívidos mi remo —
En la mañana un no sé qué de aurora
Llena el aire florido,
Y veo, a su conjuro,
Lirios azules sobre fondo obscuro,
De las idas jornadas ilusorias
Nacer dulces memorias
Que imaginé cenizas del olvido.
Blancura palpitante
De pronto me fascina
La arena es fulgurante
Velo de encarrujada plata fina,
Y su candor magnético se mueve
Con reflejos castísimos de nieve
Entre chispas de cálido diamante.
Al paso que mi barca se avecina
Es más vivo el temblor de esa blancura.
¡Oh volar de cien alas,
De cien alas de cándidas gaviotas,
En la mañana pura!
Hacia el alegre cielo
Cual torbellino de azucenas rotas
En un disperso palpitar sonoro,
La abullonada nieve emprendió el vuelo,
Y su albura se pierde entre la albura
De las nubes remotas.
La arena solitaria es toda de oro.

LUZ DE OJOS INFANTILES

Tersos ojos azules, ojos con el encanto
De las tenues turquesas del cielo ya diurno,
Grandes ojos de sombra de mirar taciturno,
Trémulos ojos verdes que no tocara el llanto,

Todos vosotros límpidos, humanos luminares,
A las brumas letárgicas del futuro destino
Oponéis un recóndito resplandor argentino
De albas inmaculadas sobre celestes mares.

De albas inextinguibles donde los pies nevados
De los ángeles dejan inmateriales rosas.
El de la vil tiniebla de las humanas cosas
Restaña con su mística ternura los pecados.

El musgo, el iris cálido de la escarcha en la aurora,
La queja de los nidos donde se duerme el viento
No alcanzan la pureza de vuestro encantamiento,
Ojos en que la misma lumbre del sol se dora.

Vuestro fulgor quisiera dentro del cofre inerte
De mi carne guardarlo que así contemplaría
En mi interior las llamas blancas de la alegría
Absoluta y los lirios azules de la muerte.

NADA LE OFRECERIA

Estrella, te daría de la gualda ariruma
El perfume en Enero,
Ariruma que evocas las estrellas de oro
De su esplendor de lágrimas te ofrecería el fuego,
Pecho de los culpables,
En candor de azucenas y corderos
Transformaría vuestra lenta noche,
Bajo los cielos negros.
(A tí, terrible incógnita del mundo,
Sola te dejaría con tu fatal secreto).

JACARANDA FLORECIDO

Jacarandá, murmuras
Como soñando, bajo el sol inmenso,
Y cerca brilla, casi azul, el río
Que surca, humoso y blanco, algún navío.
Dado a cosas futuras,
En tu símbolo pienso.
Antes de que te vistas de follaje
Floreces, y tus flores
De inmaculada palidez violeta,
Entre las llamas de oro del paisaje

Te vuelven, ateridas por el frío
Nocturno, esbelta cúpula sonora
De amatista con luces de rocío.
El viento que rozando mis pestañas
En tus próceres ramas se demora
Conmueve tu belleza,
Al darte con pereza
Los últimos suspiros de la aurora.
En el verde esplendor de la barranca
Sonríe la mediada primavera
Y un suave grito arranca
La tierra al cielo límpido: ¡alegría!
¡Alegría!. Entre el éter que nos cubre,
Alto jacarandá somos iguales.
Mi corazón gozoso está en Octubre
Cual tú, y me siento palpitar en pétalos,
Lo mismo que tus ramas musicales.
Mas sigue al día el día,
Caen las flores y el placer se pierde.
Denso follaje verde
Ocupará tus ramas,
Y tus difuntas flores melodiosas
Acaso yo tan sólo las recuerde.
Pasan, a par de las purpúreas llamas
De un ocaso magnífico, las cosas
Y el disperso tropel de los humanos
Lleva la muerte a su fatal imperio.
Pero mi claro corazón no pasa.
Todo resplandeciente de misterio,

El da perennes flores
Y de pasión sublime estremecido
Dobla la voluntad de los arcanos.
¿Qué me quiere el olvido?
La dulzura de un párvulo atesora
Mi corazón entre la selva santa
Del Universo y su inmortal latido
Cual perfume de pánico incensario,
En la gloria de un rito milenario,
A los vívidos mundos se levanta.
Ve como diferentes
Somos que apenas cuando te prodigas
En gajos florecientes
Jacarandá soberbio te me igualas.
Sólo en la primavera son tus galas.
Las mías no obedecen a estaciones,
Ni a follaje de duelos y de engaños
Cederán bajo el viento de los años.
Guardo en mi corazón mil corazones.
Tú eres como la turba de las gentes
Que sólo tienen una primavera:
La de la juventud perecedera.
¡Yo siempre seré joven!
¡Ante el orbe doliente y caducable
Donde sufren mudanza
La amistad y el amor mientras humilla,
En el polvo las sienes la esperanza,
A la bajeza y al desdén y al odio
Ajeno, habré de hacer, inexorable,

Los ojos en astral deslumbramiento,
De cada día un nuevo nacimiento!
¡Yo no ansío: yo soy eternidad!
Y una inefable soñolencia siento,
Cuando una madre a su criatura mece
O la luna, blanquísima, aparece
Transformando la tierra en claridad.
Como en pasmo divino,
Afronto sin temores
La máscara de hierro del Destino,
Pues sé que en mí palpita —
Sueño que late en el sonar del verso—
La música infinita
Del alma sideral del Universo.
Recóndita frescura,
Ante las voces múltiples del mundo,
Mis mortales potencias transfigura,
Y así cuando la obscura
Tierra me llame con el llamamiento
Férvido de la amada en larga espera,
Dichoso como el pájaro y la brisa,
Entregaré a los cielos mi sonrisa,
Saludando la eterna primavera.

NEGROS BIGUAS SALVAJES

Un lazo colosal de negra seda
Rasga el azur del horizonte límpido.
Tremola al sol de octubre una bandada
De obscuras aves sobre el terso río.

Negros biguás salvajes, ¡cuán gallardo
Vuestro volar!... El cielo matutino,
Codicioso, os envuelve con dorada

Red de trémulas fibras de zafiro,
Y, vosotros, volando libremente,
Sois como un alma presa en su destino.

Entre las verdes islas y mi barca,
Rozando el agua de topacio vivo,
Pasan cien negras alas deslumbrantes,
Pasan cien cuellos negros y tendidos.
Infatigable la veloz bandada
El rumbo tuerce hacia el azur magnífico.
Uno tras otro siguen los volátiles,
Sobre la ardiente claridad del río.

TAMBIEN EL MUERE

El raro corazón que se conmueve
Porque brilla con alta claridad
Sirio en la noche de ébano y de nieve,
Llena de voces de la soledad,
Es también rama bajo el viento aleve.
Cae. ¡Y palpita en él la eternidad!

LA CORDIAL ESTROFA

Bendígase la estrofa que rechaza la muerte
Y las sombras fatales, dado que el verso crea;
Y a la amorosa idea
Y al anhelo infinito de ser fuerte
El verso, afable rostro de querube, sonría:
¡Tiene el huérfano mundo tanta sed de alegría!

COMUNION

Corazón mío, solitario eterno,
Amas a las ardientes nebulosas
A los gusanos de la opaca tumba
Y a lo que, fenecido, no retorna.

Yo querría volcarte sobre el mundo,
Y, vuelto fresca savia en las espigas,
Y delirio de amor en los cerebros,
Erigirte del Cosmos en el guía.

Los duelos de las razas con las razas,
La locura mortífera del odio,
Fueran entonces caridad celeste
Y paz de solitaria nube de oro.

En toda llaga brotarían rosas,
Los monstruos soñarían con los ángeles,
Cuando el vasto rodar del Universo
Con tus propios latidos palpitase.

Lucifer en la Cruz bendeciría
Su dolor y en las piedras y en las almas
Sería el Bien inextinguible anhelo,
Más allá de la Noche y de la Nada.

GRACIAS TE DOY POR MI DOLOR

Gracias te doy por mi dolor,
Por mi dolor sagrado
Que me torna en capaz de eterno amor.
Por él en tí me siento transformado
Amoroso Hacedor.
Si el alma que en mi légamo encendiste
Tan sólo conociera la alegría
Yo tu celeste voz no escucharía
Sino, a medias, Señor.
Por eso estando triste

Siento la augusta dicha en que consiste
La existencia y su cándido esplendor.

Son las blancas estrellas
Signos del soberano sufrimiento
Que tiene el vasto mundo en movimiento.
Son las límpidas huellas
Del espíritu trágico que anima
Mi ser y que en tí mismo es suma esencia
Bajo su luz afronto la existencia,
Que en ellas tu dulzura me sublima,
Y pienso que la muerte
Equivale tan sólo a una apariencia
No menos transitoria
Que el reverbero de oro del rocío.
Así yo soy el fuerte
Dominador de la terrena gloria,
Porque el dolor es mío,
Porque es mío el dolor,
Y en el ser esencial sin valla viva,
Sin límite de edades,
Que el Universo para el Bien motiva,
En tí, puro Señor,
Me abismo coronado de santas claridades.

SUEÑO, PROFUNDO SUEÑO...

La inmensa noche envuelve el Universo.
Sobre la faz tranquila de los mares,
Sobre las cordilleras solitarias,
—¡Oh enormes olas de marfil celeste!
¡Oh cumbres cual fantasmas de turquesa!—
Fulgura ardiente de sublimes luces
La silenciosa bóveda nocturna.
Duerme el humano. En los feraces campos,
Bajo vientos pacíficos las greyes
Reposan. Entre piedras la alimaña

Busca la paz de las divinas horas.
Quizás en los océanos riquísimos
De náufragos tesoros la sidérea
Dulzura llega a los opacos ámbitos
De los senos profundos en que habitan
Monstruos inverosímiles. Contempla,
Alma, la pura soledad del cielo.
El aurífero fuego de los astros
En éxtasis de lágrimas te lleva
Hacia invisibles vías. Agradece
Esta visión de calma en que deslumbra
El Amor, creador de la Armonía
Y de la Paz, dominador del Caos.
La augusta noche vívida de soles
Es tu corona eterna. Como un río
Fluye en tí, blando, el sideral misterio,
Y te escuchan los coros de los mundos,
Alma vibrante en infinitas almas.

Ya cubre las corolas el rocío.
Vence, vago narcótico, mis carnes
La fatiga. La noche es casi blanca.
Semeja el cielo túrgido alabastro
Cuyas internas luces de amatista
Se evaporaran en fulgor celeste
Los magnéticos ritmos siderales
En mi fervida sangre tormentosa,

A los suaves candores de la luna,
Anímanse en uránica armonía.
¡ Oh sangre de mis venas, el destello
De los dos grandes soles del Centauro
Que sorprenden mis trémulas miradas
Tienen tu mismo origen inefable
Y en los rumbos eternos un destino!

Tal vez, altos, purpúreos serafines
Habré de ver, surcando las tinieblas,
Y ante playas de nácar, taciturnas,
Fantasmales navíos funerarios
O retorcidos áspides furentes
En torno a fuegos lívidos. Me dañan
Los caminos terrosos y los árboles
Muertos que lamen vacas cenicientas
Y los confines de color de bronce
Con un viajero solitario y mudo.
(En sueños contemplé ciudad de mármol
Blanco . Las sombras de inefable noche
Azul velaban la ciudad inmensa.
De una ventana luminosa, rojo
Hilo de sangre sin cesar corría
Sobre fúlgido muro, todo blanco. . .)
Conmigo en mi sopor las puras líneas
De las estatuas, el sonar de fuentes,
Los horizontes de inflamada púrpura,

El acre aroma de marchitas flores
Que enclaustraran, cansados, mis sentidos
Van a morir, y, cándida, la luna
Me cubrirá con irisado velo
Flotante de azucenas luminosas
Y plata etérea. Seré todo luz...

¡Oh la alta noche sideral su reino
Me entrega y las mil llaves del destino!
La noche es el santuario de la vida,
Y, al yacer nuestra carne fatigada,
Anticipa el reposo que da el féretro
En las sordas entrañas de la tierra.
Mientras yazga mi carne irá mi espíritu
A la región do moran los que fueron
Y los que habrán de ser, donde se traman
El Número y el Mal y la Alegría,
Y entre santos silencios, centellean
Gérmenes de futuros universos.
Sueño es la muerte y sacras maravillas
Esperan tras sus términos obscuros
Como el sol tras los bosques. Resplandece
La noche eterna en una eterna aurora.

LIRIOS AZULES

Frescos lirios lozanos,
Lirios azules,
Me da un soñar de cielos
Vuestro perfume.
Al sol erguidos,
Sois tenues dardos de ángeles
Divinos lirios.

Llegó esparciendo amores
La Primavera.

Vasta dulzura anima
La opaca tierra
Que engalanáis vosotros,
Joyeles inefables
Del día de oro.

Toque los pechos tristes
Vuestra alegría.
La férvida Esperanza
Clame en la brisa:
¡Sed, doloridos,
Gozoso ramo trémulo
De azules lirios!

SUPREMO TESORO

a Antonio Gellini

Entre mágicas sombras paseo solitario.
La brisa en vivos choques de címbalos divinos
Tráeme los murmullos febriles del estuario.
Llueve plata la luna sobre los negros pinos.

¡Cuán dulces los rosales y la noche de Enero!
En su encanto odorífero mi congoja se pierde.
Esbelto en la dormida penumbra del sendero,
Blanquea un mármol puro bajo el follaje verde.

¿Comprendéis, apariencias, mi sonrisa? ¿Mi llanto
Oís? ¿Sois puras almas, ardientes astros de oro?
¿Cuando deje mi carne como se deja un manto
Descubriré las llaves del supremo tesoro?.

Envuélveme el misterio. Trémulo de ternura,
Mi dolor en vosotros, bellos mundos, palpita.
Quizá el paso que guío sólo en la noche obscura
Mueve ritmos sublimes en la sombra infinita.

¡Moraré en vuestra lumbre tras el último vuelo!
Me lo anuncian sagradas voces y el cisne leve
Que en el lago que copia la dulzura del cielo
Entre soles magníficos hunde el cuello de nieve.

FUGAZ BELLEZA

Del verde camalote
Una flor arranqué. Las aguas límpidas
Semejaban un manto de zafiro.
A casa me volví con la flor lila.

Decíame: es profundo
Como la muerte el enervante aroma
De esta flor, y sus pétalos ¡tan bellos!
Parecen de amatista vaporosa.

Nunca mejor regalo
Brindó al hombre el bogar bajo la aurora.

Humeaba el crepúsculo.
Fué entre su opaca púrpura mi asombro.
Negra y viscosa ví la flor egregia.
Ya sin perfume era cual tenue lodo,
¡Era cual lodo escurridizo y negro
La flor en el crepúsculo de oro!

LA COSMICA ELEGIA

Hombre, no eres tú sólo quien padece... Dolor
Anima los relámpagos nocturnos y la piedra
Basáltica y las mínimas raíces de la hiedra
Y de los claros mundos el supremo fulgor.

Yo, en magníficas horas, casi demente y ciego,
Oí la queja pánica de los fragantes mares,
Y miré iluminados, cual sublimes altares,
Mitos, almas y rocas bajo el cósmico fuego.

Sufre el vivo intelecto que lo arcano domina.
Las indómitas fuerzas de la materia bruta
Sufren. Ve sólo lágrimas el ojo cuando escruta
En su entraña de sombras la creación divina.

Pero quiere la humana persistencia valor.
¡Más allá de los límites de las cosas fatales,
Hacia el Sagrado Júbilo, con palmas fraternales,
A través de sus llantos marche el Hombre Dolor!

ULTIMA PLAYA

No digas: del laurel de la existencia
Sólo me queda un recordar de aromas.
Toqué mi última playa: de la muerte
Me cubrirán las olas.

Oye el clamor de los sagrados júbilos.
Mira que los destinos van y tornan.
¡Mientras tu inerme corazón palpite
Te aguardará la aurora!

OBELISCO DE HIERRO

Obelisco de hierro habrás de ser,
Entre la tormentosa obscuridad,
Obelisco fraguado en el taller
De astros y llamas de la eternidad.

A derribarte soplarán los vientos,
Los infernales vientos del dolor.
La duda tus titánicos cimientos
Sacudirá en terrífico temblor.

Radiante, sobre el mundo,
Obelisco de hierro habrás de ser,
Hombre triste y jocundo,
Pero no olvides tu mejor deber.

Como en tenaz encierro,
Dado a bella canción,
Haya en tu ser de hierro,
Melodioso zorzal, un corazón.

LA LLAMA AZUL

¿Vivimos? No: marchamos,
Cual ciegos bajo el sol,
Inválidos los ojos
Y en los ojos temor.
Tan sólo conocemos
Que en torno quema y que es el viento atroz.
Taciturnos marchamos
Bajo la inmensa claridad del sol.
Mas, a veces, del pecho se nos salta
Vivaz, resplandeciente llama azul,

Lumbre de hechizo, joya de sirena,
Y nuestros ojos ven la pía luz.
¡La pía luz del mundo verdadero,
Toda teñida por la llama azul!
Detrás del horizonte,
La muerte, blanco augur,
Llámanos, y sus ojos
Son cual los nuestros de serena luz.

EL FIEL CAMINO

Pasan los breves días
Cual fantasmas sonámbulos,
Unos de veste de oro,
Otros de negros paños,
Y por senda de lágrimas
Y cenizas, el paso,
Moviendo se encaminan
Hacia el ayer, obscuro camposanto.

Sólo guarda el recuerdo
De los días de halago,
Y habrá risas de bodas en el mundo
Y serás, todo, un resplandor dorado.

Vivir es tener ciencia
De olvido de lo malo.
Convierte la memoria
En camino lozano,
Donde florecen lirios
Y, al amor de los astros,
Cantan dulces zorzales,
Los zorzales celestes del pasado...

LUZ TRAS LAS FORMAS

Trémulo río, próvida llanura,
Inextinguible cielo,
Yazgo en vuestra clausura
Y me arrebatan ímpetus de vuelo!

Bien sé que sois cual antifaz liviano
Que oculta un rostro hermoso.
Bien sé que brilla un esplendor arcano
Tras las augustas formas sin reposo.

Como el viajero lento que se allega
A sus lares y advierte
En sí calor de llama solariega,
Yo te vislumbro—¡oh Luz!—tras la muerte.

Yo te vislumbro en mi soñar errante
Y en la indecible vida,
Cual leyenda de signos de diamante
Sobre inmensos abismos encendida.

Ruedan los altos mundos hacia un polo.
Las almas y las rosas
Marchan en procesiones, bajo un solo
Designio en las honduras tenebrosas.

Cual la mano del cándido alfarero
El ánfora presiente,
Todo persigue, germen o lucero,
La perfección de una verdad latente.

Alma que estás de claridad tocada,
Tus ojos siderales
Miran hacia una senda inmaculada,
Más allá de los mundos inmortales.

Senda por donde a las sublimes Normas
Se llega, en la que mana
El manantial sagrado de las Formas
Bajo el frescor de una eternal mañana.

JARDIN DE HOSPITAL

Los ojos perdidos en el sol radiante,
Hablan los enfermos en los verdes bancos.

Raya el uno, lento, con bastón de guindo
La fúlgida arena. Sonríen los otros.

Las obscuras ropas, las manos muy pálidas,
Parecen, concordes, palpitar alegres.

Pronto será invierno. Se miran inmóviles
Los dulces pacientes que huyeron la tumba.

Translúcidas hojas caen oscilando
De un negro eucalipto, cual dagas argénteas.

Surtidor lejano murmura monótono.
¡Cuán frío el murmurio del agua canora!

Ahora cerraron los ojos algunos,
El sol afrontando. No cambian palabra.

Por el senderuelo de arena brillante
Pasa una pareja de dulces ancianos.

¿De cuáles memorias sienten la alegría?
Dijéranse sombras de un sueño sereno.

De un sueño en que brillan blancuras albares
Sobre azul pradera florida de rosas.

Pasan los ancianos. El jardín dormido
Anima la brisa, jugando ligera.

En los claros ecos el murmurio pío
Preludia las voces de la inmensa muerte.

EL GUIA

¡Soy el amor! murmura
El rosal nuevo, y clama
La aurora, bajo lábaros de llama:
Soy el amor!. La impura
Voluntad de exterminio que conmueve
El trágico Universo, la infinita
Tiniebla, retroceden, cuando agita
Amor su antorcha de oro... Entre la nieve
Y la infernal maraña
De los perpetuos males

Que dan senda al pasar de los humanos,
El es el solo guía que no engaña.
¡Su lumbre excelsa mueve
Los fuegos inmortales
De los mundos lejanos!

HUMILDES SUEÑOS FIELES

Entre los quietos juncos
Chispeaban luciérnagas.
Era como una lluvia de menudos luceros
Ante la barca inmóvil en las hoscas tinieblas.

En lo alto la infinita
Soledad de los cielos sin estrellas.
La noche de verano
Gemía entre los juncos profundamente negra.

¡Y en torno de la barca
Las amigas luciérnagas!
Humildes sueños fieles
Alumbran al remero de la vida en tinieblas...

SALUDO A LA DICHOSA TIERRA

Tierra fragante, silenciosa, obscura,
Rica de sol, luciente de rocío,
Que la piedad evocas en los tiernos
Musgos e, inagotable, te prodigas
En las simples espigas
Y en el ciprés sombrío
Y en los verdores de la sepultura,
Te huello y al hollarte un desvarío
Pánico en aire y luz me transfigura.
¡ Salve, tierra divina,

Tendida y verde en la feraz llanura
Donde las blancas nubes se hacen río .
Salúdote con vivas manos de oro
Y labios de oro en esta azul mañana
De Marzo en que, exultante,
Te entrega el sol su mágico tesoro
De fuego y, bajo el límpido diamante
Del azur, tú sonríes cristalina
Y tenue con dulzura casi humana...

PIEL DE SERPIENTE

El bote abandoné en la playa de oro.
Sobre la suave hierba matutina
Resaltaba la piel de una serpiente.
Era como una pértiga de mica.

Cogí la piel liviana y crujidora.
Subdividida en argentados rombos,
A trechos, fulgurante de rocío,
Brilló en mis manos el terrible dorso.

Arrollado en el índice el extremo
De la fría epidermis nacarada
La dejé tremolar: con un chasquido
Hirió la luz la piel hermosa y trágica.

Igual que antaño parecía viva.
Igual que antaño en un temblor de muerte
Amenazaba. Helóseme la mano.
Ví chispear dos lentos ojos verdes...

El ayer implacable de los réprobos
Ojos ha de tener como sierpe.

JARDIN BAJO EL SILENCIO

En divergentes haces argentinos
Brilla el agua del lento surtidor.
Suenan los dulces bronces vespertinos.
Trasciende a rosas el jardín en flor.

Está inmóvil la higuera que aureola
La mortecina claridad solar.
Todo el jardín en una sombra sola
Parece como en sueños palpitar.

Parece palpitar cual negra espuma
Donde corriesen llamas del no ser.
Enerva la letárgica ariruma,
Al igual que el callado anochecer.

El viento deja voces de delirio.
Tras el muro dorado del jardín,
Entre dos rosas blancas, fulge Sirio.
El silencio ideal no tiene fin.

VACA ISLEÑA

La isla yace en sombras. Muy lejano un cencerro
Resuena. Por los ranchos se ven llamas. Un perro
Aúlla locamente. La tersa noche lila
Cubrió los horizontes. El lucero rutila
Cual inmóvil luciérnaga sobre el río sereno.
Flotan en vaharadas los olores del heno.
Los jazmines salvajes, las pencas de escarlata
Brillan.—En los timboes tembló un claror de plata.—
La nieve de la luna llena el húmedo ambiente.
Su amorosa blancura cual ósculo se siente

En el alma encendida mientras el viento apena
Las ondas argentadas que gimen en la arena.
Llenando del instante la fría pesadumbre
Otra vez un cencerro vibra en lenta quejumbre.
Dos cuernos asomaron.—La vaca solitaria
Tras de un sauce que cubre fosca parasitaria.
Allégase—resalta la bravía silueta
Vaporosa de luna—su testuz es violeta.
Los grandes ojos de ébano miran fosforescentes.
Se acerca al agua y hunde las narices ardientes.
En linfa de oro y astros la adusta vaca abreva.
Los plateados cuernos son cual la luna nueva.
El tardo lengüeteo se dilata profundo.
Parece que la bestia de la entraña del mundo
Hubiérase asomado cual si del mundo fuera
El alma en la celeste noche de primavera.

BARRANCAS PRIMAVERALES

Cual un móvil sendero de plata se descubre
El Paraná. Sonríe ya moribundo Octubre.
La inmensa colgadura de azur del firmamento
Da a las formas terrestres sideral ungimiento,
Y litúrgica trova canta al hermoso día
Sacerdotisa alada, la torcaz en la umbría.
El corazón me lleva. Platónico errabundo
Imagino en mi pecho la claridad del mundo
Y en la tierra diviso fabuloso tesoro.
Al ver del cardo santo las vivas urnas de oro.
El ondaje que en trémulas espumas se desfloca

Y el aura cuyos besos de amor siente mi boca
Me aletargan y sueño que es el día apacible
Mirada en que me envuelve la Belleza invisible...
Tras el áspero Morro cruzan dos velas blancas.
A las islas fronteras de las verdes barrancas
Se allegan pescadores. Fugaz entre jazmines
Rompe la brisa en trémolos de argentinos violines.
Jacarandás frondosos el transeúnte avista.
Parecen un profundo celaje de amatista
Y las flores caídas fingen una azulada
Alfombra que hollarían los pies de luz de un hada.
Pensárase que el ánimo torna a su edad primera.
¡Es dulce como un sueño pueril la Primavera!
Quien muda de costumbres a su ayer le da muerte.
Desde el natal estuario me trajo a tí la suerte,
Río de los ceibales cual inmóviles llamas
Y los juncos sonoros, que en aquél te derramas
Torciendo por un delta mágico tu camino.
Que los labios herméticos del adusto Destino
Me halaguen cual tus ondas y al igual que la brisa
Que ahora sutilmente me roba la sonrisa,
Abismándome en vértigo de ternura y aroma,
Y te serán mis versos lo mismo que paloma
Inmolada en el ara fragante. Fulge el río.
Entre laureles rosa cubiertos de rocío
Atalayo en la augusta brillantez un a vela
Toda de sol dorada. La temblorosa estela
Va recamando de ópalos la corriente. Adelanta
El augural esquife. ¡Dijérase que canta!

RISUEÑAS ROSAS

El sol llena mi estancia,
Olorosa de rosas.
Es de cristal celeste
La inmaculada aurora.

Como en rápido vuelo
Siento el pasar del mundo.
Embárgame lo ignoto
Bajo los cielos fúlgidos.

Aura suspiradora
A las flores dormidas,
— Opalos y rocío
Presta mágica risa.

Mis flores bien amadas
A mi soñar rendido
Vuestro don de ternura
Es un beso divino...

TRAS DEL LAUREL ROSA

Voces de niños en la tarde clara...
Menos que sombras, menos que suspiros
Son esas voces tras del laurel rosa
En la tarde balsámica de estío.

El cielo brilla como un ala inmensa
De azur. Un esplendor de paraíso
Se difunde en la tarde soñolienta.
Cantan en coro los alegres niños.

Estoy en los confines de la vida.
Mi conciencia es un hálito divino.
La tarde pura en su claror de nieve
Me arrastra como un amoroso río.

¿Adónde voy? ¿A qué ribera santa
Del ser me lleva este cantar de niños?
¡Fuera del tiempo y fuera del espacio,
Apenas soy el pensamiento mío!

GAJOS DE DURAZNERO

¿Qué me anuncias rosado duraznero?
Se estremecen tus ramas,
Como tímidas llamas
Bajo el viento ligero.
Hermoso duraznero florecido,
En la mañana límpida tus flores
Que la brisa remueve,
— La brisa con el sol está de amores —
Déjanme dulcemente sorprendido.
El cielo es todo plateada nieve.

Parece que te quejas,
Cual si tus nuevas flores agobiaran
Tus firmes ramas viejas,
Donde no se descubre un solo nido.
Yo pienso en mis memorias
Que no quieren morir y, pertinaces,
En perfumados haces,
Florecen — ¡oh mi interna primavera!
Y al evocar en mí el placer que ha sido,
Sonríen, tenues llamas ilusorias,
Sobre los negros gajos del olvido.

PURPUREOS FUNERALES

Bogan las altas nubes
Cual bajeles de plata,
Todos cargados de marfil y rosas,
Rumbo a místicas playas solitarias.
Es el cielo en crepúsculo
Alucinante océano de llamas.

Tras de los quietos sauces,
Vése el agua dorada.

El correr incesante de las ondas
Se crispa al viento en músicas lejanas.
Suenan mil flautas de oro,
Mil flautas de oro en su armonía pánica

Las flamígeras nubes,
Las musicales aguas,
Componen los ardientes funerales
De una alegría que soñóse el alma.
¡La celeste difunta
Se disipó en las nubes y en las aguas!

Todo el río es de sangre
Bajo el cielo escarlata.
Cunden vívidas voces taciturnas,
Cual si un órgano inmenso resonara.
Quizá entre nubes y ondas
Mueve el Destino pasos de fantasma.

UNA NOCHE

En la infinita bóveda profunda
Fulgen las cuatro lágrimas de Orión.
Mística paz inunda
De fuego azul mi absorto corazón.
En torno late soledad profunda.

Una noche... otra noche... Eternidad
En aventado copo de cenizas
Habrás de convertir mi claridad.
¡Cómo te me deslizas
Entre mi yerta carne, Eternidad!

Yo no podré mirar este fulgor
Una noche. Las aguas de las fuentes
Reflejarán los astros con pavor
Sagrado. ¿Me presientes
Noche? En mis ojos ya no habrá fulgor.

ANUNCIAMIENTO

Señor ¿por qué en el viento
Escucho voces de inmortal sentido
Y es cual urna de luz mi pensamiento?
Este fervor que siento
¿Qué promete a mi barro dolorido?
¿Será de una futura
Primavera el feliz anunciamiento
O bien, mejor acierte,
Viendo en los luces de mi llama pura
Los inefables signos de la muerte?

Yo nada sé, mas creo,
Por momentos que voy desamparado,
Con el dolor a un lado
Y al otro la ventura
Y en el pecho los lirios del deseo,
Y a veces, al mirar un laurel rosa,
En el rojo crepúsculo enervante,
Sueño que sigo tras celestes huellas
Y detengo mi paso vacilante
Y el alma se me vuelve luminosa
Como si se alumbrara con estrellas.

¡OH CORAZON DE CRISTO!

¡Oh corazón de Cristo!
Azucena celeste de albura y de ternura,
¡Cómo brillas lejano!
De tu esplendor arcano
El mundo apenas la vislumbre ha visto;
Y, loco presidiario entre la sombra
De cerrada caverna,
El humano perdido que te nombra
—Del Cosmos en la trágica pavura—
No descifró los signos todavía,
No bebió todavía las aguas de alegría
De tu verdad eterna.

EL COLOR DEL CALIZ

Vertí en el cáliz fúlgido del alma
El zumo de las horas.
Vertí en el cáliz el licor que el tiempo
Añejara en sus cubas tenebrosas.
Minutos, meses y años
Cayeron en la cuenca brilladora.
Y quedó sin color el cáliz fúlgido
Que soñé de oro y rosas.
Díjeme: son los días velos de aire
Y no tienen color las lentas horas.

Del zumo de la dicha y la tristeza
Colmé la augusta copa
Y se llenó su cuenca de un magnífico
Temblor de fuego y sombra!

BLANCAS SOLEDADES

a Filiberto Reula.

Plañe la brisa en las enjutas ramas
De los erguidos álamos. Temblantes
Nubes, como bajeles de diamantes,
Surcan la inmensidad del cielo en llamas.

Embárgame de nieblas vago sueño.
A la vez que, abismado en lento frío,
El corazón se vuelve de rocío
Toda mi carne es éter marfileño.

Tras el recodo en qué se tornasola
La pérgola, vivísimo, destella
El pétalo de plata de una estrella.
Sube la luna, pálida aureola.

¿Los muertos estarán como a la pura
Luz de la noche estoy, soñando cielos?
Ellos, libres de afanes y de duelos,
Ven la celeste claridad futura.

¡Cuál refluyen en mí los santos ruidos
Del Universo en este mar de plata!
Férvida voz de espíritus dilata
La brisa por los viales escondidos.

De lánguidas neblinas luminosas
Inúndanse las negras lejanías.
Crespo de alucinantes pedrerías
Un pálido rosal yergue sus rosas.

En mí la blanca soledad remueve
Candores inefables. El nocturno
Misterio, cual un río taciturno,
Fluye en el alma. Soy, todo, de nieve.

Miro y la noche lúcida me mira
Enamorada... Sideral incienso
Nubla mis ojos. En un pasmo inmenso
Vibro de eternidad como una lira.

PSIQUE LUCIENTE

Solo marchaba por vereda umbría.
Era mágico Abril. Atardecía.
En vértigos de luz los surtidores
Sonaban entre mármoles y flores.
La brisa entristecía la arboleda
Con lánguidos gemidos. En la seda
Verdosa de los trémulos arriates
Ardían melancólicos granates.
Lejos los lagos, tras obscuras ramas,
Semejaban sudarios de oro en llamas.

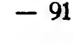
El misterio acerbísimo del mundo
Ocupó mi pensar. Con errabundo
Paso perdime en tétrico camino.
Lúcidas sombras al azur divino
Prestaban el arrobo pasajero
Que anuncia el remontarse del lucero.
El mirarlas me ungía de terneza.
Sentí flotar en mística pureza
Mis sienes entre imágenes de muerte
Y todo en derredor se volvió inerte
Y a par de un anticipo de la Nada.
Cerré los ojos. Vi la iluminada
Frente de Psique, que en el mundo llora
Y me torné de resplandor de aurora.
¡Universo de duelos y quejumbre,
Fuiste la sombra en medio de mi lumbre!

EUCALIPTO MUERTO, EN PRIMAVERA

El viento murmura. La fronda vibrante
Del alto eucalipto negrea en el césped.

En torno al yacente coloso elegíaco
Las húmedas hierbas parecen de jade.

Cayó entre las sombras el árbol soberbio
Rendido al chocar de la furia ciclónica.



La copa que ornaron los vívidos astros
Frecuentan ahora cínifes zumbantes.

Son largas estrías azules las fendas
Que ocupa la escarcha palpitante de oro.

Triste, descubriendo la carne leñosa,
Se desprende a trechos la corteza obscura.

Propágase el musgo por el negro tronco.
El árbol es todo pesado silencio.

Su vida pujante robada a los jugos
Terrestres el árbol, feliz, no recuerda.

Soles y huracanes, albas y rocíos
Movieron, antaño, su pompa difunta.

Dichoso entre formas y seres innúmeros
No sufre el dolor de la impía memoria.

Tornaráse en polvo, más irradia augusto
Bajo la jocunda claridad dorada.

Y es serena imagen del candor angélico
Con que en torno ríe la azul Primavera.

ESCURRIDIZA ARENA

Doradas ondas, vagabundas ondas,
Imágenes ligeras de la vida
Que fluye sin parar hacia la muerte,
Hoy tengo el corazón tornado en lira.
Hoy tengo el alma cual la flor del aire
Que asoma en la barranca en nieve viva.
Todo mi cuerpo es una egregia música
Sonante en claras notas de alegría.
Tomad la arena que cogí en la playa,
Ha poco, para verla, escurridiza,

Caer entre mis dedos como cae
En el no ser la portentosa vida.
Tomad la arena que en mis manos fulge
Mientras mi mente en el terror se abisma,
Y, dominando la ideal tragedia,
Alzo los ojos a la luz divina,
Ondas doradas que pasáis alegres,
Maravillosas ondas fugitivas.

CAMALOTES EN EL AGUA DE ORO

Sopla terral sonoro.
Pasan lentos islotes
De verdes camalotes.
Dichosas, los columpian las vivas aguas de oro.

Barcas y rancherío
Arrastró locamente
La indomable creciente
Demedia las barrancas el turbulento río.

¡Cuánta tu indiferencia
Natura, a los humanos
Esfuerzos siempre vanos!
Los camalotes viran con lánguida indolencia.

Sobre el agua intranquila
Son enormes guirnaldas
De obscuras esmeraldas.
Entre su sombra, a veces, resalta una flor lila.

POTRO BLANCO

Fluye el callado río lentamente
Cual ancha vena de cristal de un horno
Titánico. En la luz resplandeciente
Pesa la calma horrible del bochorno.

Audaz asoma por el yerto flanco
De la barranca un potro. Se perfila,
Sobre el límpido azur el cuerpo blanco,
Entre matas en flor de cardo lila.

Dominando los trémulos confines,
Evoca un mito su vivaz relieve.
Pace. En las altas hierbas dan las crines
Del bello potro de candor de nieve.

SAUCE CREPUSCULAR

Cual lóbrega nube de pórfido ardiente
Pendía la fronda del enorme sauce.

Traspasadas de oro las lúcidas ramas
Semejaban largos cabellos divinos.

En vaivén gimiente de lánguidas olas
El viento la dócil fronda conmovía.

Sílabas arcanas, trágicos susurros
Vibraban el árbol trémulo de llanto.

Lúgubres cundían en la taciturna
Hora solitaria las voces terribles.

Cual si, atormentado, resonara inmenso
Organo, evocando fantasmas de muerte,

O torvos paisajes de nieves y sombras
Cuyo negro cielo recorren gemidos.

El sauce titánico, plañía, plañía,
Coronado de altos oros funerales.

La cálida púrpura del solemne ocaso
Desmayaba en lúgubres sombras lucientes.

El sol, cual antorcha de violenta llama,
Moría en adusto resplandor granate.

¡Mágica agonía del astro latente
De auroras y auroras y auroras y auroras!

De verdes tinieblas se henchía el crepúsculo.
Erraban presagios en el aire yerto.

El sauce deforme, náufrago en la densa
Penumbra infinita, lánguido lloraba.

Era el sol un tenue destello rojizo.
¡Oh la muerte pálida de la hermosa tarde!

La mustia delicia de un sueño de anciano
Flotaba en las cosas del lento crepúsculo.

Apagóse el astro—ceniza en ceniza.
Dominó el poniente frío horror sereno.

El cielo y el sauce volviéronse sombra.
El árbol tremente lloraba, lloraba.

En la inmensa noche poblada de soles
El sol otros mundos en luz envolvía.

El sauce en la sombra lánguido, lloraba...

CARDO SANTO

Declina la barranca en terso manto
Fragante de verdor. Vivo tesoro
Sobre él ostentan las corolas de oro
Con que se abre a la luz el cardo santo.

Yergue temblantes ramas espinosas
El vegetal benéfico. Hechicera,
Exulta en su redor la primavera
Palpitando en doradas mariposas.

¡Cuál brillantez la de las flores gualda!
Párase el viento que soplara lene,
Y es la mata vivaz que las sostiene
Rígido candelabro de esmeralda.

Flores humildes que no roza el vuelo
Del ave altiva, hasta el lejano estío,
Ellas resaltan, dominando el río,
Sobre la azul inmensidad del cielo.

SAUZALES

Sauzales y sauzales y sauzales...
La fronda de las islas, bajo el oro
Crepuscular, resalta inmensa y verde.
Mudas corren las aguas sin reposo.

Es diáfana la tarde moribunda.
El viento silba con silbar monótono.
Cortando espumas de color de acero,
Veloces pasan verdinegros troncos.

El lúgubre perfil de los sauzales
Tiembla, y a su temblor crispado y torvo,
La solitaria fronda es gigantesca
Legión de picas contra el sol remoto.

Picas empenachadas de esmeralda
Y de astas agudísimas de oro
Hienden, hoscas, el cielo, amurallando
Las taciturnas aguas sin reposo.

BOYAS

Sobre las negras aguas que asurca velozmente
La proa se ven ojos titánicos. Su ardiente
Pupila, verde o púrpura, sin un temblor rutila.
La pupila del nauta contempla esa pupila
De fuego con la dicha de aquél que se asegura
Viaje feliz. Muy alto, vivamente, fulgura,
Por sobre las barrancas de tenebroso raso,
El enorme cuadrado de soles del Pegaso.
De las hoyas inmóviles la llama reverbera
En fantásticos juegos de color. Se dijera

Que corren en las ondas girándulas de plata
Fosforescente y lúgubres víboras de escarlata.
Y entre ese portentoso fulgor, como tremenda
Voluntad entre vanas visiones, se abre senda
De espumas resonantes el espectro sombrío
Del buque en cuyas jarcias sopla el viento del río.

REMANDO DE NOCHE

El río es vasto de plata y sombra ardiente
En el cenit fulgura, suave, la luna llena.
Sus claridades pálidas en la vivaz corriente
Reverberan. Chirría bajo los pies la arena.

Aléjase la barca. La impulsan tres remeros.
El timonel erguido semeja palpitante
Estatua. Van los remos sonoros y ligeros,
Partiendo a golpes rítmicos el agua de diamante.

Se esparce el viento en voces de infantiles querellas.
Aroma de naranjas la tiniebla perfuma.
Los remos en las aguas se hunden, moviendo estrellas.
Refleja soles de oro la sacudida espuma.

Murmuran y murmuran las lentas ondas blancas.
Las islas, a lo lejos, son tenebrosos tules
Del cielo desprendidos. Las salvajes barrancas
Se extienden cual enormes catafalcos azules.

Uno de los remeros canta. La voz se pierde
Vibradora en el frío silencio taciturno.
Sobre el agua de nácar brilla una boya verde.
¡Cuán dulce la voz límpida del remero nocturno!

Los ecos han poblado la sombra de canciones.
Dijérase que, al ritmo de la viril garganta,
Con nueva luz fulgieran en las constelaciones
Las lágrimas ardientes de la tiniebla santa.

Y la barca y los ágiles remeros y los remos,
Todos de mármol blanco, transfigura el arrobo
De las notas perdidas en los mundos supremos
Y en el viento odorífero que besa el algarrobo.

Gélida, por instantes, sopla una brusca racha.
Al pie de las barrancas el sapo mustio croa.
Con el hostil silbido con que revibra un hacha
Crujientes camalotes siega la blanca proa.

Ligera va la barca bajo la noche inmensa.
Entre diáfanas nubes de celeste quietud,
Cual diadema flamígera de una frente que piensa,
Casi, a ras de las aguas, brilla la Cruz del Sud.

ALAMOS EN LA ORILLA

Bajo la luz terrible,
En la orilla arenosa,
Yerguen mezquinos álamos
Su ramaje sin hojas.

¡Erguidos y ya muertos!
Las ramas blanquecinas
En la tarde azulada
Parecen de ceniza.

Evocan a los hombres
Vencidos por la pena
Los trágicos arbustos
De argentada corteza.

En un crujir de huesos
Suenan las tristes ramas.
En torno Primavera
Ríe en las vivas aguas.

LLAMEANTES CEIBOS

En la blanca ribera
De toscas y de sol
Asomáis vuestros gajos llameantes,
Rojos ceibos en flor.

Se hunde en agua azulina
Vuestra sombra punzó.
Un tremolar de púrpuras satánicas
Sois al viento y al sol.

Ni ensueño ni dulzura,
Hervorosa pasión
Anuncian vuestras flores encarnadas
En su adusto fulgor.

A voluntad, ¡oh ceibos!
Movéis el corazón,
Mientras muere el crepúsculo dorado
Y canta el pescador.

BRISA MENSAJERA

La blanca "flor del aire" te perfuma
Trémula brisa. En la tiniebla ardiente
Que velan tules de argentada bruma
Lleva mi corazón resplandeciente.

Lleva mi corazón hacia el incierto
Horizonte de azules claridades.
Cormo rosa de púrpura está abierto
Y son de fuego astral sus cavidades.

Hoy me embarga dolor... dolor lejano
Que rehusa las lágrimas y el grito.
Siento la vanidad del ser humano,
Frente al mudo terror del infinito.

Siento la vanidad y no la quiero,
Que, como alba de Otoño cristalino,
En mi pálido ser perecedero
La Eternidad translúcida adivino.

Tú vas sobre llanuras y barrancos
Cálida brisa, entre las sombras quietas,
Mientras llueve la luna ópalos blancos
Y sueñan en la muerte las violetas.

Tú vas en tanto que las fuentes claras
Lloran entre cipreses a las frías
Ciudades, donde son diestras avaras
Las almas y de hiel sus alegrías.

Mi corazón dará liviano peso
A tu jugar de niño vagabundo.
Llévalo a par de un amoroso beso
Entre el silencio místico del mundo.

Es de Dios y no mío su tesoro.
Llévalo hacia el confín en cuya albura
Celeste brillan cuatro soles de oro
Como antorchas de vasta sepultura.

Y por tu gracia habré de estar disperso
En la profunda noche solitaria.
Yo, todo palpitante de Universo,
Seré del Universo la plegaria.

ANSIEDAD

Ansiedad pues te acercas, mi oriflama despliego.
¡ Pasa arcángel de aspecto de Medusa ! ¡ En tus rastros
Habr an de erguirse flores que envidiarán los astros !
¡ Mi porvenir alumbran tus pupilas de fuego !

ESTRELLA SOLITARIA

¡Tras el jacarandá sólo una estrella...
El dolor me dió cita
Bajo el árbol obscuro.
Sólo esa amante lágrima destella,
—¡Oh mi ensueño futuro!—
En la sombra infinita.

RISUEÑO PESCADOR

Pescador de la verde canoa que me ríes
Al pasar, mi tesoro de dulces penas viejas
Te entregaré ¡y en vano!, que ya exento de quejas
Mía será la queja del agua de rubíes.

ZORZAL

Zorzal que del follaje de los talas
Cantando te partiste
Hacia el azur divino,
Mi corazón llevaste con tus alas
¡El estaba tan triste
Entre el rosado fuego del campo matutino!
Bajo el sol veo de oro
Mis manos. Soy por tí como es el día
¡Oh pájaro!, ¡Oh sonoro
Prodigio de esta blanca mañana de alegría!

PRESAGIO PRIMAVERAL

Mi corazón te espera.
En el granado ví dos mariposas.
¡Eran dos tenues llamas temblorosas
Tus heraldos, celeste Primavera!
Ahuyento mis martirios
Pues violé tu secreto,
Corazón de la aurora
Futura. Sobre el rojo parapeto
De mi esperanza hay lirios.
Dulce llama arcangélica me dora.

AGUAS SERENAS

BUENOS AIRES